

rebeldes, presto se halló el Gobierno perplejo y molesto con la muchedumbre de reclamaciones contradictorias y de mutuas acusaciones de los dos bandos opuestos. Pues en tanto que los colonos entre quienes Cromwell repartió el territorio conquistado, y cuyos descendientes se llaman todavía Cromwellianos en memoria del suceso, decían que los aborígenes eran enemigos inveterados de la nación inglesa, cualquiera que fuese la dinastía reinante, y del protestantismo en todas sus manifestaciones, y exageraban las atrocidades que deshonraron la insurrección del Ulster, para concluir pidiendo al Rey que continuara la política del Protector, insinuando sin empacho que no habría paz en Irlanda mientras no fuera extirpada del suelo la raza irlandesa; los católicos romanos hacían por su parte cuanto podían por atenuar sus faltas y ponderar con palabras lastimeras la severidad del duro castigo que recibieron, para suplicar á Carlos que no confundiera el inocente con el culpado, recordándole que muchos de éstos lograron redimir sus culpas volviendo á la obediencia que debían al Rey y defendiendo sus derechos contra los verdugos de su padre; hasta que cansado el Rey de las importunidades de ambos partidos, á quienes desamaba igualmente, se libró de tantos enojos por medio de un convenio. En su virtud quedó abandonado el sistema cruel, pero completo y enérgico, merced al cual quiso el Protector hacer la Irlanda inglesa de todo en todo, y se vieron reducidos los Cromwellianos á ceder la tercera parte de sus adquisiciones, que fueron luego repartidas entre aquellos reclamantes á quienes plugo al Gobierno mejorar. Mas, como gran número de los que protestaban de su inocencia, y algunos de los que se preciaban de haber mostrado siempre al Rey notoria fidelidad, no merecieron restituciones ni compen-

saciones, se partieron para Francia y España y poblaron sus cortes con sus clamores contra la injusticia y la ingratitud de los Estuardos.

XVII.

SE HACE IMPOPULAR EL GOBIERNO EN INGLATERRA.

Entretanto había ido perdiendo popularidad el Gobierno hasta en Inglaterra, pues los realistas comenzaron á disgustarse con el Monarca y á disputar unos con otros; y el partido que vencieron y hollaron y que pareció quedar aniquilado, pero que aun conservaba elementos llenos de vida, erguía de nuevo la cabeza y comenzaba la lucha interminable.

Bien será decir que, aun cuando no hubiera cometido faltas la reciente administración, no habría sido duradero el entusiasmo con que aclamaron las muchedumbres la vuelta del Rey y el término de la tiranía militar, por ser ley de la naturaleza humana que á tales accesos de fiebre siempre siga el abatimiento; pero la manera como abusó la corte del triunfo, hizo la reacción más rápida y completa, no quedando persona sensata y discreta en todo el Reino á quien no pareciera mal la insolencia, la perfidia y la crueldad con que trataban los vencedores realistas á los vencidos disidentes, aun después de que la eficacia de las leyes penales purgó la secta de los hipócritas, cuyos vicios la desacreditaron, dejando sólo en ella los hombres honrados y piadosos. Pues si el Puritano conquistador, soberano, perseguidor y confiscador de bienes, fué aborrecido; el Puritano vendido alevosa-

mente y maltratado, abandonado de los servidores complacientes que se decían hermanos suyos en la época de su prosperidad, expulsado de su casa, privado, bajo severísimos castigos, de orar ó de recibir la comunión según su conciencia, y firme, no obstante, en su propósito de obedecer á Dios antes que al hombre, se tornó, á despecho de algunos recuerdos desdichados, en objeto de lástima y respeto para los hombres rectos y dignos. Y este sentimiento subió de punto y fué mayor cuando comenzó á decirse que no se hallaban dispuestos el Monarca y su corte á tratar á los católicos con el rigor que desplegaron en contra de los Presbiterianos, cundiendo por todas partes la sospecha de que no eran protestantes sinceros ni el Rey, ni el Duque de York. Por otra parte, muchos que aborrecieron la hipocresía y austeridad de los Fariseos de la República, comenzaron entonces á cobrar también aborrecimiento al desenfreno público de la corte y de los Caballeros, y á preguntarse si no era preferible la ridícula rigidez de Loado sea Dios Barebone á la licencia y la impiedad de los Buckingham y de los Sedley; y la mayoría de los mismos hombres inmorales, que no carecían por completo de buen sentido y de espíritu público, se quejaban de que tratara el Gobierno los negocios graves como si fuesen naderías, y las naderías como negocios graves; pues, á su parecer, si era disculpable que un Rey distrajera sus ocios con vino, chistes y beldades, era intolerable verlo descender al rango de un vicioso indolente, y que por su causa estuviera como paralizado el servicio público y las rentas del Estado en déficit, por no ser bastantes á cubrir las obligaciones generales y á enriquecer al propio tiempo á una nube de parásitos y cortesanas.

Gran número de realistas hacía coro á estas quejas.

añadiéndoles reflexiones amargas acerca de la ingratitude del Rey, cuyo tesoro no habría bastado á recompensarlos en la medida del aprecio que cada uno de ellos hacía de sus méritos, pues cualquier caballero arruinado de los que pelearon por la causa de Carlos I á las órdenes de Rupert y de Derby estimaba sus servicios por los mayores, y sus sufrimientos por los más rudos de cuantos servicios se prestaron y de cuantos sufrimientos se pasaron. Y como cada uno de ellos se halagó con la esperanza, sin curarse de lo que pudiera ocurrir á sus demás compañeros, de que sería indemnizado con pródiga mano de los quebrantos que sufrió durante la guerra civil, y de que la restauración de su hacienda dilapidada sería consecuencia necesaria de la restauración de la monarquía, ninguno de estos ilusos pudo contener su indignación viendo que bajo el Rey seguía tan pobre como lo dejaron el Parlamento *Rump* ó el Protector. Bien es cierto que la conducta negligente del Monarca y de su camarilla y sus disipaciones contribuían de una manera eficaz á excitar el descontento de los antiguos servidores de la monarquía, y les hacía decir con sobrada justicia que la mitad del oro que gastaba Carlos en satisfacer caprichos y liviandades de concubinas y en pagar bufonadas, habría bastado á satisfacer verdaderas necesidades de centenares de caballeros empobrecidos por su causa, que después de talar sus bosques y de fundir sus vajillas para ocurrir á las urgencias de su padre, se veían reducidos á ir de una parte á otra vestidos de harapos y sin saber dónde hallar el pan de cada día.

Así los ánimos, ocurrió una baja repentina en los arrendamientos territoriales, que mermó los ingresos del propietario de fincas rústicas en cinco chelines por libra esterlina, levantándose con esto un clamor

en todos los condados del Reino que acusaba del conflicto agrícola, como es costumbre en casos tales, al Gobierno; uniéndose á las lamentaciones de los labradores las no menos enérgicas de la *gentry*, obligada de la necesidad á reducir por cierto tiempo sus gastos, y que al contemplar poseída de indignación las magnificencias y dispendios crecientes de Whitehall, llegó á persuadirse de que por obra de algún inexplicable procedimiento, el dinero que habría bastado á sostener sus familias en aquella ocasión, había pasado á manos de los privados del Rey.

Por tal modo se hallaban los ánimos tan excitados, que todo cuanto hacía el Gobierno era parte á producir malestar y descontento. Carlos había contraído matrimonio con Catalina, princesa de Portugal, y este casamiento, que desagradó generalmente á los Ingleses, les pareció peor aún cuando se generalizó la especie de que sería estéril. La venta de Dunkerque á Luis XIV, causó indignación general, pues ya comenzaban los súbditos de Carlos á observar con inquietud los progresos de la Francia y á mostrar por la casa de Borbón los mismos sentimientos que manifestaron sus abuelos por la casa de Austria. ¿Era prudente, preguntaban, contribuir al engrandecimiento de una monarquía poderosa ya y formidable con exceso?

Era Dunkerque, por otra parte, objeto de predilección para el pueblo inglés, no sólo á título de plaza fuerte y llave de los Países Bajos, sino también como trofeo del valor nacional, que lo ganó de los Españoles en tiempo de Cromwell, siendo por tanto para los Ingleses lo que fué Calais para una generación precedente, y lo que hoy es Gibraltar, después de haberlo defendido con tanto heroísmo durante años de peligros y desastres contra las flotas y los ejércitos de poderosa coalición. Bien es cierto que se alegaron razo-

nes económicas para justificar el suceso; pero si esto hubiera podido tener peso alegado por un gobierno económico, tratándose del de Carlos carecía de todo en todo de él, pues era sabido que los gastos de Dunkerque no llegaban con mucho á las cantidades disipadas en los vicios y locuras de la corte; haciéndose por ende insoportable que un príncipe de prodigalidad sin ejemplo para cuanto tuviera relación con sus placeres, fuese tan avaro para cuanto se relacionase con la seguridad y la honra de la patria.

Pero aun subió más de punto el descontento público cuando se supo que al propio tiempo que cedía Dunkerque con el especioso pretexto de las economías, se hacían gastos muy considerables para reparar, presidar y sostener la fortaleza de Tánger, plaza que formaba parte del dote (1) de la reina doña Catalina; posesión que no evocaba ningún recuerdo lisonjero para el orgullo nacional; que de ningún modo podía ser útil á los intereses generales del país, y que sólo sería eficaz á empeñar la patria en guerras interminables y sin gloria con tribus de musulmanes semisalvajes, en un clima singularmente perjudicial á la salud y al vigor de la raza inglesa.

(1) *Dower* en el original, que así es *dote* como *viudedad*. En este caso es lo primero; pero Mr. Montegut lo traduce por *douaire*, que vale en francés por *viudedad*.—N. del T.

XVIII

GUERRA CON LOS HOLANDESES.

Pero las quejas que produjeron estas faltas fueron de poca monta, comparadas con los clamores que arrancó á todos los pechos la guerra con las Provincias Unidas. No bien se hubo empeñado el Gobierno en ella, votó la Cámara de los Comunes subsidios desacostumbrados en casos tales, sin precedente en la historia del país, y muy superiores á los que bastaron para sostener las escuadras y los ejércitos de Cromwell, cuando su fuerza incontrastable ponía miedo al mundo. Pero fué tanta la perversidad, la extravagancia y la ineptitud de los hombres que le sucedieron en el mando, que la esplendidez del Parlamento antes hizo daño que no provecho, pues los cortesanos de Carlos, si eran incapaces de medirse con los grandes militares de Holanda, con hombres de Estado como Witt y almirantes como Ruyter, aprovechaban las ocasiones de hacerse ricos, mientras que los marineros se sublevaban movidos del hambre, los arsenales quedaban desamparados, y los buques carecían de todo lo necesario. Presto se abandonó, por tanto, la idea de hacer la guerra ofensiva, y de allí á poco todos quedaron persuadidos de que aun la guerra defensiva era empresa superior á las fuerzas y á la pericia de semejante administración; como que la flota enemiga entró por el Támesis y se atrevió á incendiar los bajeles que había en Chatham; añadiéndose con este motivo que el mismo día que los

Holandeses humillaban por tal modo á la Inglaterra, festejó el Soberano con un banquete á las damas de su harén; y es fama que se divirtió mucho persiguiendo por el comedor á una mariposa.

Al fin, aunque tarde, se hizo justicia por todos á la memoria de Cromwell, exaltando su valor, su ingenio y su patriotismo, y recordando cómo temblaron en su tiempo los Gobiernos extranjeros al solo nombre de la Gran Bretaña; cómo los Estados generales, á la sazón tan altivos y soberbios, se postraron entonces á sus piés; cómo al recibir la nueva de su fallecimiento se iluminó Amsterdam en señal de regocijo, y cómo corrían los niños á lo largo de sus canales anunciando la *muerte del diablo*. Hasta los mismos realistas dijeron sin rodeos que sólo llamando á las armas los veteranos de la República podría salvarse la patria. Pronto comenzó á sentir la capital las miserias del bloqueo; se hizo muy difícil, si no imposible, adquirir ciertos artículos; el castillo de Tilbury, desde donde Isabel escarneció con entereza viril á Parma y España, fué vejado de los invasores; oyeron los habitantes de Londres por primera y última vez el estampido de los cañones extranjeros; llegó á proponerse formalmente á S. M. en Consejo el abandono de la Torre si se acercaba el enemigo; excitáronse los ánimos con esto, y cundiendo por todas partes el temor y la ira, formábanse grupos enormes en las calles, y gritaban los gentes que Inglaterra estaba vendida y comprada, y corría de una parte á otra el populacho lanzando piedras á las casas y á los carruajes de los ministros; pudiendo creer los vecinos tranquilos de la gran ciudad que había llegado para el Gobierno el caso de tener que defenderse de la invasión y del tumulto. Presto se conjuraron estos peligros, merced á un convenio, muy diferente á decir verdad de los que Cromwell celebraba; pero si por

él acabó la guerra con el extranjero, la nación quedó tan perturbada y mal dispuesta como en la época del *Ship money*.

Y cual si no fueran bastantes las desgracias y humillaciones referidas, que se debían á la detestable administración de los consejeros de Carlos, desastres de otro orden, que ningún Gobierno por bueno que sea puede conjurar nunca, hicieron su pesadumbre insoportable; como que en lo más recio de la guerra ignominiosa con Holanda sufrió Londres dos grandes calamidades, tales y tan terribles, que ninguna ciudad las ha visto iguales en tan corto espacio de tiempo. Una peste, cuyo estrago superó al de cuantas habían azotado la isla en el trascurso de tres siglos, arrebató en diez meses más de cien mil personas; y apenas cesaron su lúgubre tarea los carros mortuorios, un incendio nunca visto en Europa desde el de Roma bajo Nerón, tornó en ruinas la capital desde la Torre hasta el Temple, y desde las orillas del Támesis hasta las inmediaciones de Smithfield.

XIX.

OPOSICIÓN EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES.

Si se hubieran verificado elecciones generales de diputados en los momentos que sufría la nación tantas vergüenzas y desgracias, es probable que los Motilones hubieran reconquistado el ascendiente perdido; pero aun era el Parlamento aquel de los Caballeros que designó el pueblo en lo mejor de su entusiasmo por la Restauración, si bien á nadie se oscure-

cía ya que ninguna Cámara inglesa, por adicta que fuese á la persona del Rey, consentiría en ser lo que fueron estas Asambleas bajo los Tudors. Desde la muerte de Isabel hasta la víspera de la guerra civil, los Puritanos, que predominaron en el cuerpo representativo, invadieron las atribuciones del Poder ejecutivo, merced á sus hábiles manejos en los asuntos económicos, y los hombres que después de la Restauración fueron á ocupar los escaños de la Cámara baja, si bien aborrecían el nombre puritano, gustaban tanto de haber recogido su herencia y el fruto de su política, que mostrándose dispuestos siempre á emplear su valimiento en honra, grandeza y prestigio de la Corona, estaban tan resueltos á no renunciar la menor parte de una y otro que la gran revolución inglesa del siglo XVII, esto es, la trasferencia del poder de fiscalizar la administración ejecutiva, fué realizándose lenta, segura, rápida y tranquilamente del Rey á la Cámara de los Comunes, en el largo período que vivió este Parlamento. Y como Carlos se hallaba en toda ocasión falto de recursos, debido á sus vicios y liviandades, y sólo por obra de los diputados podía obtenerlos de una manera legal, y nada era parte á impedirles que pusieran condiciones, así lo hicieron, siendo el precio de ellas, que tendrían derecho á limitar y restringir cada una de las prerrogativas del Rey, á obligarlo á sancionar leyes que no fueran de su agrado, á derrotar los Gobiernos, á imponer la política exterior que debiera seguirse, y aun á dirigir la administración de la guerra. No tardó mucho el Parlamento en alardear de su fuerza; y como si profesaba profundo y sincero amor á la persona del Monarca y á la realeza, no debía ninguna fidelidad á Clarendon, se arrojó sobre él con la misma furia que los anteriores parlamentarios sobre Strafford.

XX.

CAIDA DE CLARENDON.

Así contribuyeron las virtudes como los vicios de Clarendon á su ruina. Por ser jefe ostensible del Gobierno lo hicieron responsable hasta de aquellos actos que combatió resueltamente, aunque sin éxito, en el Consejo; y mientras de una parte lo calificaban los Puritanos y cuantos se dolían de su suerte de moji-gato, digno sucesor de Laud, si bien con más talento que tuvo el prelado; de otra, los realistas que deseaban restaurar su hacienda quebrantada por medio de procedimientos contra los Motilones que los resarcieran de los daños y perjuicios sufridos en tiempo de la revolución, lo aborrecían de muerte á causa de la escrupulosidad, honrosa para él, con que defendió siempre y sostuvo la letra y el espíritu del decreto de amnistía. Además, los Presbiterianos escoceses le atribuían la ruina de su Iglesia, y los Católicos de Irlanda la pérdida de sus tierras; y como por ser padre de la Duquesa de York tenía ó podía tener interés en desear que la Reina fuera estéril, lo acusaban de haber recomendado á Carlos una esposa á propósito para su designio. También le achacaron con verdad la venta de Dunkerque, y sin ella la guerra de Holanda; siendo en todos los casos parte muy eficaz á que lo hicieran unos y otros blanco de sus iras merecidas ó injustas su carácter violento, sus modales arrogantes, la rapacidad y la indelicadeza con que perseguía los bienes de fortuna, su lujo desmedido, su galería de pinturas llena de obras maestras de Van Dyck, que

fueron propiedad en otro tiempo de los Caballeros á la sazón arruinados, y su palacio, que desplegaba inmensa é imponente fachada delante de la residencia más humilde de los Reyes. Así fué que cuando se presentó en el Támesis la flota holandesa, contra el Canciller principalmente clamó la multitud, que apedreó y rompió las ventanas de su casa, cortó y derribó los árboles de su jardín y levantó una horca frente á su puerta. Pero, aun más que todos lo aborrecía la Cámara de los Comunes; y como no era capaz de calcular la proximidad del momento en que, si continuaba existiendo la representación nacional, sería el primero de los poderes del Estado; en que dirigirla constituiría el asunto más importante de los hombres políticos, y en que sería imposible gobernar sin el auxilio de quienes tuvieran su confianza, persistía con tenaz obstinación en considerar al Parlamento de aquel tiempo cual hubiera podido hacerlo con los de hacía cuarenta años, cuando él cursaba derecho en el Temple. Y no porque pensara en despojar al poder legislativo de las facultades que le pertenecían en virtud de la ley fundamental del Reino, sino porque su nuevo desarrollo, desarrollo natural é inevitable, cuyo progreso y crecimiento por ningún modo se lograría ya contener como no fuera destruyéndolos hasta en sus fundamentos, le disgustaba y le ponía miedo. Por nada ni por nadie hubiera osado Clarendon estampar el gran sello al pie de una Real orden mandando cobrar el *Ship money*, ni votar en Consejo la prisión en la Torre de Londres de un diputado por sus opiniones ó discursos; pero luego montaba en cólera si la Cámara de los Comunes quería saber cómo se invertía el dinero votado para la guerra, ó denunciaba la detestable administración de la marina, pues tales investigaciones se hallaban, á

su parecer, fuera del alcance de sus facultades. Admitía que la Cámara era fiel, que había prestado grandes servicios á la Corona y que se inspiraba en los mejores deseos; pero siempre que se le presentaba ocasión de hacerlo pública ó particularmente se lamentaba de que hombres tan adictos y tan fieles á la monarquía quisieran invadir y allanar de una manera tan inconsiderada las prerrogativas del Monarca, porque, añadía, por tal manera, siendo diferente de todo en todo su espíritu del de los diputados del Parlamento Largo, los imitaban con pretender intervenir en asuntos extraños á sus atribuciones y que pertenecían única y exclusivamente á las de la Corona. Y como, en su sentir, no estaría nunca bien gobernada la nación si los representantes de los condados y villas no se concretaban á ser lo que fueron sus predecesores en tiempo de la reina Isabel, rechazaba por incompatibles con la secular Constitución inglesa cuantos proyectos proponían, encaminados á que vivieran en concordia la Corona y la Cámara, otros hombres de más perspicacia que no él, y que advertían ya los indicios de los tiempos por venir. Por lo demás, su conducta con los oradores jóvenes cuya fama y prestigio iban subiendo cada día en el Parlamento, fué tan poco benévola que logró tornarlos á casi todos adversarios suyos. Bien será decir que fué una de sus faltas más graves el absurdo desprecio que hizo de la juventud; desprecio tanto menos justificable cuanto que su propia experiencia de los asuntos políticos ingleses distaba mucho de hallarse bajo todos aspectos en relación con sus años, pues había pasado en el extranjero tanta parte de su vida que aun conocía menos la sociedad inglesa, cuando se restituyó á su patria, que muchos que hubieran podido ser hijos suyos.

Por todas estas razones lo detestaba la Cámara de los Comunes, y por otras de un orden diferente, la corte y el Rey. Pues como sus costumbres, del propio modo que su política, eran las de la generación anterior, y como, aun en la época que cursaba leyes y que vivía con personas de ingenio y aficionadas á los placeres, su natural gravedad y sus principios religiosos fueron eficacísimos á preservarlo en gran parte del contagio de las malas costumbres á la sazón en boga, ni podía siendo viejo, y menos estando enfermizo, tornarse libertino por seguir la corriente; y censuraba los vicios de la juventud casi con encono y desprecio iguales á los que le inspiraban los errores teológicos de los sectarios; y no dejaba pasar una ocasión de manifestar su desprecio á los bufones, los vividores y las cortesanas que poblaban el regio alcázar; y las amonestaciones que dirigía siempre al Rey mismo rebosaban de amargura y severidad, y (lo que Carlos detestaba sobre todo) de razonamientos interminables, ni una sola voz se alzó en favor del ministro doblemente aborrecido por sus defectos, que irritaban al pueblo, y por sus virtudes, que causaban enojo y fastidio al Soberano. Southampton había muerto ya, y aun cuando cumplió fiel y animosamente Ormond con los deberes de la amistad, sus esfuerzos para evitar la ruina de Clarendon fueron en vano, y el Canciller cayó de una manera ruidosa, recogíendosele el Gran sello del Estado, acusándolo la Cámara de los Comunes, corriendo grave riesgo su vida, teniendo que salir del país, y siendo condenado á destierro perpetuo. Entonces, los que atacaron y minaron su poder comenzaron á disputarse sus despojos.

El sacrificio de Clarendon calmó hasta cierto punto la sed de venganza del pueblo; mas no del todo, por hallarse los ánimos muy excitados á causa de la pro-

digalidad y negligencia del Gobierno y de la mala dirección que se dió á la última guerra. En vista de esto, los consejeros de Carlos, testigos de la catástrofe del Canciller, y temerosos por su propia seguridad, le aconsejaron que adoptase una medida ocasionada y eficaz á restablecer el sosiego público; medida sin igual en la historia de los Estuardos y digna bajo todos aspectos de la prudencia y magnanimidad de Oliverio Cromwell.

XXI.

ESTADO DE LA POLÍTICA EUROPEA Y ASCENDIENTE DE LA FRANCIA.

Llegamos con esto á una época en la cual comienza á mezclarse la historia de la gran revolución de Inglaterra con la historia de la política extranjera. Años hacía que declinaba el poder de España, y si bien poseía en Europa el Milanesado y las Dos Sicilias, la Bélgica y el Franco Condado, y en América se extendían sus posesiones por ambos lados del Ecuador, mucho más allá de la zona tórrida, se hallaba el coloso como paralizado, y no sólo carecía de fuerzas para causar dificultades á las demás naciones, si que también para defenderse por sí mismo. Francia, en cambio, cuyos recursos han aumentado desde entonces, aunque no en la proporción que los de Inglaterra, era aquel tiempo la primera potencia europea. Bien será decir asimismo que hace ciento veinte años la Rusia, hoy monarquía de primer orden, se hallaba tan excluída del sistema político de Europa como ahora lo

están el reino de Siam y la Abisinia; que la casa de Brandeburgo apenas tenía mayor importancia que la de Sajonia, y finalmente, que no existía la república de los Estados-Unidos. Por tanto, el peso de la Francia en Europa, con ser muy considerable aún, ha disminuido en relación á lo que fué: no era su territorio en tiempo de Luis XIV tan extenso como es hoy (1); pero sí dilatado, compacto, fértil, en buenas condiciones para el ataque y la defensa, favorecido de buen clima y poblado de una raza valiente, ingeniosa y activa, y sometida de un modo implícito á la voluntad de un hombre. Los grandes feudos, que tres siglos antes habían constituido principados independientes, pertenecían á la Corona; sólo algunos ancianos se acordaban de la última reunión de los Estados generales; la resistencia que los Hugonotes, la nobleza y los Parlamentos opusieron en lo antiguo al Poder real, había sido aniquilada por los dos grandes cardenales que gobernaron la Francia por espacio de cuarenta años; el Gobierno era despótico, pero suave y benigno, al menos en sus relaciones con las clases elevadas de la sociedad, y culto, cortés y caballeresco; los recursos de que disponía el Soberano, formidables para la época, pues sus rentas, que descansaban en un sistema económico, desigual y duro y abrumador para los agricultores, excedían con mucho las de cualquiera otro monarca; su ejército, admirablemente disciplinado y mandado por los primeros generales del siglo, contaba ya más de ciento veinte mil hombres; desarrollo de fuerzas regulares que no se vió hasta entonces en Europa desde la caída del Imperio romano,

(1) Conviene advertir que esto se escribió en época muy anterior á la guerra franco-prusiana de 1870 y á las desmembraciones que sufrió la Francia con este motivo.—N. del T.

y si no podía reputarse por la primera entre las potencias marítimas y tenía rivales, ninguna la era superior aún: siendo tanta su grandeza durante los últimos cuarenta años del siglo xvii, que ningún enemigo reducido á sus propios recursos logró resistirla, y ni dos poderosas coaliciones, en las cuales entró la mitad de los pueblos cristianos, consiguieron tampoco dominarla.

XXII,

CARÁCTER DE LUIS XIV.

Las prendas personales del Rey de Francia fueron eficacísimas á realzar el respeto que infundía el poder y la importancia de su Reino, pues ningun soberano ha representado nunca con más brillo, decoro y elegancia la majestad de un gran pueblo. Luis XIV fué su propio primer ministro, y desempeñó siempre las obligaciones de cargo tan difícil de una manera por tal extremo inteligente y hábil, que causó maravilla por haber ascendido al Trono sin experiencia de la vida, y vistose rodeado de aduladores antes que de maestros. Demostró, demás de esto, en grado eminente, dos cualidades importantísimas y de mucha cuenta en los príncipes: la de saber tomar sus servidores, y la de hacerse atribuir la mejor parte del mérito y de la gloria de sus actos. En sus relaciones con las potencias extranjeras tuvo cierta generosidad, pero ninguna justicia, pues si protegió por modo tan desinteresado y romántico, que habría parecido mejor en un caballero andante que no en un hombre de Es-

tado, á los príncipes y pueblos menesterosos que se postraron á sus pies con la esperanza puesta en él, rompió sin escrúpulo ni decoro los vínculos más sagrados de la fe pública cuantas veces contrariaron sus intereses ó lo que apellidaba su gloria. Pero sus perfidias y violencias, con ser muchas, le crearon menos enemigos todavía que su manera insolente de recordar á cada paso á los Estados vecinos su debilidad y de compararla con la grandeza y poderío de la Francia. Y si bien todavía en la época de que tratamos no profesaba la devoción austera que imprimió á su corte, andando el tiempo, el aspecto de un monasterio, siendo por el contrario tan licencioso como su primo de Inglaterra, sin ser por eso tan indolente y frívolo, era católico romano sincero, y tanto, que movido de su conciencia y de su vanidad juntamente, acometió empresas para defender y propagar la verdadera religión dignas de todo en todo de Clodoveo, Carlomagno y San Luis, sus ilustres predecesores.

Atentos y recelosos miraban los Ingleses el poder creciente de la Francia; mas no parecía este sentimiento, razonable y justo en sí mismo, sin liga de otros menos honrados y dignos, pues entraba por mucho en sus cuidados la idea de que siempre fueron los Franceses sus enemigos tradicionales; que peleando contra ellos ganaron los laureles más preciados de su historia; que los Plantagenets conquistaron dos veces el suelo francés, y que haberlo perdido lo reputaron siempre por uno de sus mayores desastres. Conviene advertir que los soberanos ingleses llevaban todavía el título de reyes de Francia, y que las lises aparecían mezcladas con los leones en el escudo de los Estuardos. Bien es cierto que la grandeza y el poder de España durante todo el siglo xvi dió treguas á la enemiga entre Ingleses y Franceses; pero como á la sazón

el Imperio antes tan temido ya no lo fuese, volvió á ser Francia para Inglaterra la rival de siempre. De aquí que reputaran los Ingleses la venta de Dunkerque por la obra más impopular del Rey restaurado, y que de todos los crímenes que se imputaron á Clarendon por la Cámara de los Comunes se tuviera por el más trascendental y peligroso su afecto á la Francia. Ni tampoco podía ser de otra manera, cuando hasta en las cosas triviales y de poco momento se descubría el estado de los ánimos. Una vez, por ejemplo, como se trabaran de palabras en las calles de Westminster los criados del embajador de Francia con los del de España, y pasando de las amenazas á los hechos, se acometieran furiosamente, costó no poco trabajo impedir que poniéndose de parte de los Españoles el populacho, diera inequívocas pruebas de no hallarse aún extinguido en el corazón de los Ingleses su odio secular á la nación vecina.

Pero Francia y España se hallaban entonces empeñadas en lucha más peligrosa que lo era ciertamente una contienda callejera. Pues como fuese uno de los fines principales de la política constante de Luis el extender su dominación hacia el Rhin, y á este propósito estuviera en guerra con España, y marchasen sus ejércitos de victoria en victoria, las Provincias Unidas comenzaron á mirar con inquietud el progreso de sus armas. La famosa Confederación había llegado al apogeo del poder, de la prosperidad y de la gloria; y aun cuando el territorio bátavo, conquistado á las olas y defendido de ellas por arte del hombre, apenas era más extenso que la parte de Inglaterra conocida bajo el nombre de principado de Gales, tan estrecho espacio contenía un pueblo numeroso y trabajador, en el cual se creaban y florecían cada día nuevas riquezas, y se aglomeraban como en

almacén inmenso las antiguas, pudiendo decirse que Holanda, con sus innumerables canales, su espléndido cultivo, sus molinos en constante movimiento, la infinita multitud de sus barcas, sus grandes ciudades asentadas á corta distancia unas de otras, sus puertos erizados de arboladuras, sus palacios suntuosos, sus deleitables quintas de recreo, sus casas lujosamente amuebladas, sus museos, sus viviendas de verano y sus jardines alfombrados de tulipanes, producía en los viajeros ingleses de aquel tiempo el mismo efecto que produce hoy en Noruegos ó Canadienses Inglaterra. Pero los Estados generales que hubieron de humillarse ante Oliverio Cromwell, tomaron el desquite después de la Restauración, haciendo con éxito la guerra á Carlos II, y concluyendo después una paz honrosa. No obstante, á pesar de su campaña contra los Ingleses, y del prestigio que gozaba, y de la riqueza que poseía, no se atrevía la república de los Bátavos á medir sus armas con las de Luis XIV. Estaba temerosa, no sin razón, de ver extenderse hasta sus fronteras el reino de Francia, y la vecindad próxima de un príncipe tan grande, tan ambicioso y de tan pocos escrúpulos, no era ciertamente agradable á un pueblo celoso de su independenciam; y como éste no fuese bastante á inclinar de su lado la balanza, ni pudiera esperar auxilio del Rhin, pues algunos príncipes alemanes habían sido ganados por Luis XIV, y hasta el mismo Emperador estaba preocupado con los malcontentos de Hungría, y separaba de las Provincias Unidas á la Inglaterra el recuerdo de crueles injurias recientemente impuestas y sufridas, no siendo tampoco posible contar con socorro eficaz de su parte por efecto de la política estulta y débil que observaba su Gobierno desde la Restauración, no parecía empresa fácil la de hallar un medio que conju-

rased los peligros que amenazaban á los Holandeses.

Pero la caída de Clarendon y el creciente disgusto del Parlamento determinaron á los consejeros de Carlos á adoptar de improviso una política que sorprendió y regocijó á la nación entera.

XXIII

LA TRIPLE ALIANZA.

El ministro inglés residente en Bruselas, sir William Temple, diplomático peritísimo, y uno de los escritores más amenos de aquel tiempo, había ya escrito á su Gobierno que así sería deseable como posible venir á un arreglo con los Estados generales, á fin de poner término á los progresos de la Francia; y si bien durante largo espacio fueron inútiles sus gestiones, en el momento referido se creyó útil tomarlas en consideración, y recibió encargo de negociar con los Holandeses. Trasládóse Temple á la Haya, y presto quedó de acuerdo con Juan de Witt, á la sazón primer ministro; y la Suecia, que á pesar de sus débiles recursos había logrado elevarse cuarenta años antes, por obra del genio de Gustavo Adolfo, á un rango superior entre las potencias europeas, y que aun permanecía estacionada en él, si bien luégo descendió á su posición natural y propia, convino en adherirse á los proyectos de Inglaterra y de Holanda; formándose por tal modo la coalición conocida en la historia bajo el nombre de Triple Alianza. Lo cual, si fué visto de Luis XIV con marcadas muestras de resentimiento y despecho, como no le pareciese político añadir la hos-

tilidad de tan poderosa confederación á la de España, consintió en abandonar mucha parte del territorio que ocuparon sus ejércitos, restableciéndose por ende la paz en Europa y volviendo á merecer el Gobierno inglés, que se hallaba generalmente despreciado, y conservando por algunos años entre las naciones extranjeras, cierto respeto casi tan grande como el que siempre infundió el del Protector.

En Inglaterra fué popular la Triple Alianza en el más alto grado, porque satisfizo igualmente así el odio como el orgullo nacionales; porque puso coto á los desmanes de un vecino ambicioso y fuerte, y porque unió con vínculos estrechos los principales Estados protestantes; regocijándose por ello de igual modo los Caballeros que los Motilones, y éstos más todavía que no aquéllos, pues en su virtud quedó confederada la Gran Bretaña con un pueblo republicano en política y presbiteriano en religión, contra otro pueblo regido del poder arbitrario de un príncipe adicto á la Iglesia católica romana. La Cámara de los Comunes aprobó el tratado entusiasmada, y no faltó quien, preocupándose poco de la cortesía y del respeto, dijera sin empaño que aquello era lo único bueno que se había hecho desde la Restauración.

XXIV.

EL PARTIDO NACIONAL.

Empero muy poco se preocupaba el Rey de los aplausos del Parlamento y del pueblo, pues la Triple Alianza no era en su sentir otra cosa que un recurso